

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 28 de ocho entregas

MADRID

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2244

ESTUDIO HISTÓRICO DE OBRAS DE TALLADO - MADRID

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA DE FANTASÍA

de

BERNARDO FERREX RODRÍGUEZ

EDITORA - LOS TALLERES DE LA PLAZA DE LAS ARTES - MADRID

D. Enschio Plancha

Impreso en el taller de la imprenta

MADRID

BOCA ABORTO Y COMEDIA EN UN ACTO

de

1977

CAPÍTULO PRIMERO

—

Donde se demuestra que el general Lostan no olvida á sus enemigos.

El doctor Samuel habia prohibido á Clotilde y á Daniel que hablaran, ni permitieran hablar al general, de asuntos de familia.

—Hieren de un modo tan directo su ánimo, ejercen tanta influencia en su espíritu, sobre todo en el período de la convalecencia, en que la debilidad de los enfermos es extrema, que si continúa afectándose diariamente, nos será costoso, si no imposible, su restablecimiento.

Esto decia el doctor Samuel todas las mañanas á los dos hermanos, como temeroso de que faltaran á lo que le habian ofrecido.

Por eso Clotilde y Daniel, que deseaban ante todo el restablecimiento de su padre, esquivaban siempre todas las conversaciones que pudieran recordarle al general el pasado.

Por su parte don Pedro, comprendiendo la delicada

deza de sus hijos, tampoco les decia ni una palabra, hablando de todas esas superfluidades de familia.

Pero este silencio sobre un punto tan importante, no podia prolongarse mucho.

El general avanzaba en su restablecimiento, y el médico mandó que abandonase la cama.

Vestido el general, y sentado junto á la ventana desde donde se distinguia el grandioso y poético panorama del lago Lemán, exhaló un profundo suspiro, y estrechando la mano de Daniel y de Clotilde á un tiempo, dijo:

—Mucho os debo, hijos míos... mucho. Vuestro tierno interés, vuestros constantes desvelos, me han devuelto la vida, me han arrancado de los brazos de la muerte. A veces, en mis largas horas de soledad, juzgo que no soy acreedor á tanto cariño; pero el corazón me dice que Dios os pagará todo lo que yo os quedo á deber en esta tierra.

Y como sus ojos se fijaran en aquel momento en el doctor Samuel, que se hallaba de pié á su lado, soltó la mano de Clotilde, y estrechando la del médico, añadió:

—También á usted le debo mucho, doctor. Pocos hombres habrá en el mundo tan generosos como usted.

—Señor general,—repuso el doctor, sonriéndose con benevolencia,—Dios ha escrito en el corazón de los hombres esta palabra santa: *perdon*. La naturaleza, al marcar las cavidades que en el cerebro debia ocupar la memoria, dejó un pequeño hueco para que en él pudiera albergarse el olvido, bálsamo consolador de todas nuestras amarguras.

Samuel sintió que la mano del general se estremecía entre las suyas.

—Lo importante, padre mio,—dijo Clotilde,—es recobrar del todo la salud y el vigor. Vamos á ver, señor médico, ¿qué dia podrá mi padre salir á dar un paseo?

—Si es dócil y sigue mis consejos, ese dia no está muy lejano.

—Dispense usted, doctor; pero eso es no decir nada.

—Debo advertir á usted, Clotilde,—añadió riéndose Samuel,—que los médicos, para contestar á ciertas preguntas, empleamos un lenguaje que se llama el arte de hablar sin decir nada.

—¿Como acaba usted de hacer ahora?

—Precisamente.

—Pues bien; si en algo tiene usted mi amistad, le ruego que precise la cuestion, y que me diga el dia en que mi padre podrá salir á paseo.

—Del jueves al viernes.

—Es decir, ¿dentro de cuatro dias?

—Dentro de cuatro dias, siempre que el general nos ayude.

—Ya lo oyes, padre mio: es preciso ser dócil, porque si te he de hablar con franqueza, tengo ya muchas ganas de ver el hermoso sol de Madrid.

—¡Madrid!...—murmuró el general, inclinando la frente sobre el pecho.—¡Quién sabe lo que allí nos aguarda!... ¡quién sabe!...

—Comienzo por prohibirte que continúes por ese

terreno. Viviendo al lado de tus hijos, no puede esperar otra cosa que la felicidad.

—Sí, dices bien, la felicidad, porque sólo vosotros podeis dármela; pero [recuerda que tu madre la marquesa del Rádio...

—Ya lo ve usted, doctor, es incorregible; como los niños tercos, hace siempre aquello que se le prohíbe, y no se puede tener una conversacion con él sin que se afane y torture por conducirla precisamente al punto donde no debia llegar nunca. En castigo, pues, de su inobediencia, vamos á dejarle solo; pero para que se tranquilice y no se aburra, podrá vernos desde la ventana, porque voy al jardin á hacerle un ramo.

Y Clotilde, dando un beso en la frente á su padre, salió de la habitacion seguida de Daniel y del doctor.

El general se quedó solo.

Tristes, melancólicos pensamientos se agruparon en su mente, y su actitud grave y taciturna demostraba el estado de su espíritu.

Tal vez en aquel instante todo el tempestuoso pasado de su vida, pasaba con los vivos colores de la verdad por los ojos de su inteligencia.

Para el general, habia sonado la hora del arrepentimiento. Su único afan, su idea constante, era reconciliarse con aquellos á quienes tanto daño habia hecho.

Pocos hombres en el mundo se habian encontrado en una situacion más difícil y más anómala que la que atravesaba el general.

Por dos veces habia atentado de una manera inhumana á la vida del doctor Samuel. La Providencia le

habia salvado, y la casualidad, madre de lo absurdo, de lo inverosímil, de lo imprevisto, habia hecho que al llegar el doctor Samuel desde lejanas tierras, en vez de pedir una terrible satisfaccion por sus crímenes, se convirtiera en su ángel salvador, y colocado junto á la cabecera de su lecho de muerte, le devolviera la vida, sin dirigirle ni una sola palabra de reconvencion.

Por otra parte, su hijo, el hijo de aquella infeliz mártir, de aquella mujer sublime que habia bajado á la tumba sin revelar su secreto ni hacer valer sus derechos; aquel hijo que por espacio de tantos años habia tenido abandonado, contentándose con señalarle una limosna mensual, se hallaba tambien allí prodigándole sus consuelos, velando por su existencia, y sin que ni una sola palabra asomara á sus labios para demostrarle su justo resentimiento.

La nobleza de aquellos á quienes hemos ofendido injustamente, la generosidad de los que miramos como enemigos irreconciliables, abrumba mucho más con su peso, que la ira y el despecho del que desea vengar los agravios.

El general no ignoraba que aquel silencio, aquellos desvelos y aquella ternura que le prodigaban debia tener un término, y pensando en el dia de las revelaciones, pasaba noches de angustia y de indefinible tormento.

Tampoco el general podia olvidar al conde de la Fe, á quien se habia propuesto hacer pagar caras todas sus maquinaciones.

Pero fijemos nuestras miradas hácia la puerta, por

donde acaba de penetrar silenciosamente el ayuda de cámara del general Lostan.

Santiago, antes de avanzar hácia donde estaba su amo, dirigió una mirada en derredor suyo, temiendo sin duda que no se encontraran solos.

Persuadido de que nadie podía oírles, avanzó algunos pasos y volvió á detenerse para contemplar con dolorosa expresion al general, que inmóvil y con la frente entre las manos, parecía la estatua de la meditación.

—¡Señor!—dijo por fin Santiago, avanzando dos pasos más.

El general levantó la cabeza.

—¡Ah! ¿eres tú, Santiago? Supongo que vendrás á darme cuenta del encargo que te he dado. Para resolver mis asuntos privados,—continuó el general sonriéndose amargamente,—nadie me inspira tanta confianza como tú. Supongo que habrás visto al conde de la Fe.

—Le he visto, señor,—contestó con su acostumbrada gravedad Santiago.

—¿Acepta mis proposiciones?

—No las acepta.

—¡Cómo! ¿será bastante cobarde para rechazarlas?

—Dice que tiene dadas pruebas de valor al señor general.

—Sí, sí, se ha batido tres veces conmigo; pero yo necesito que se bata la cuarta, porque quiero matarle.

Al pronunciar la última palabra, el semblante del general se descompuso; tomó un tinte sombrío, ame-

nazador, y sus ojos, poco antes dulces y tranquilos, despudieron miradas de cólera.

—No basta decir, «yo no quiero batirme,» cuando se comete una villanía, una infamia, casi un crimen; es preciso batirse, y á muerte. Supongo que tú le habrás expresado bien mi deseo.

—Yo le dije que el señor general se hallaba convaleciente, que dentro de unos dias tendria fuerzas para sostener un arma, y que habia llegado el caso de que el último duelo, pero á muerte, se efectuara entre los dos. El conde escuchó estas palabras con la sonrisa en los labios, y cuando hube concluido me contestó con mucha calma:

»—Dígale usted al señor general, que á mi edad no se rompen lanzas por ciertas quimeras como en la juventud; que yo no estoy, gracias á Dios, tan desesperado para cometer locuras, convirtiéndome en un Quijote ridículo; pero que si él, acosado por la desesperacion, tiene la audacia de turbar la paz de mi retiro, yo entonces me veré precisado á publicar en los periódicos una relacion, explicando las causas que motivaron nuestro primer desafío y las que han dado pretexto para proponerme el cuarto. El señor general no quedará en muy buen lugar en este relato, y culpa será suya y no mia de todo lo que sobrevenga.

Y el conde, al terminar estas palabras me indicó la puerta con un ademán altivo, añadiendo:

»—Nada más tengo que decir á usted. Puede retirarse.

Yo creí inútil insistir.

—¡Oh! es preciso que yo mate á ese hombre,—
murmuró en voz baja el general.

Y hundiendo la frente entre las manos, repuso:

—Retírate, Santiago. Quiero estar solo.

El ayuda de cámara obedeció.

CAPÍTULO II

Una escena íntima

A manera que el general iba restableciéndose, volvía á afianzarse en su corazón ese espíritu de odio ir-reconciliable que de muy antiguo sentía hácia el conde de la Fe.

En las circunstancias especialísimas en que se encontraba el marqués del Rádío, el conde de la Fe era un enemigo temible, á quien era preciso exterminar.

Por eso su pensamiento fijo, su constante idea desde el momento en que la razón volvía á afianzarse en su cerebro, fué inutilizar aquel enemigo que, siempre amenazador, le perseguía por todas partes.

El conde, sin embargo, con el pretexto de su ancianidad, excusaba las provocaciones del general, como acabamos de ver.

Solo, encerrado consigo mismo y viendo pasar ante los ojos de su imaginación toda la historia de lágrimas,

en la que habia sido protagonista la infeliz Angela, el general buscaba en vano el recurso salvador, la idea conciliadora que devolviera la paz á su espíritu, salvando al mismo tiempo su honra amenazada y la felicidad de sus hijos.

Nada podia esperar del conde; nada tampoco esperaba de la marquesa del Rádio. Sólo sus hijos, los más interesados en aquel drama doméstico, parecian estar dispuestos á aceptar el sacrificio que se les impusiera.

A pesar de esto, no dejaba de preocupar al general la respetuosa reserva en que se habia encerrado Daniel.

Adonde quiera que dirigia los ojos aquel hombre, encontraba ocasion para avergonzarse de sí mismo.

Daniel, cariñoso y resignado, le recordaba los sufrimientos de su madre, mientras que el doctor Samuel, que con tanto afan habia empleado los recursos de su ciencia para devolverle la salud, traia á su memoria todas sus criminales emboscadas, para encerrar en el silencio de la muerte el secreto que el noble anciano poseia.

La noche del dia que nos ocupa, el general, aprovechando una ocasion en que su hija Clotilde se hallaba sola con él, la dijo en voz baja:

—Hija mia, el doctor lleva con demasiada lentitud mi restablecimiento; me tiene prohibido que salga de esta habitacion, y yo tengo para mí que he de restablecer más prontamente mis fuerzas, respirando ese puro y saludable aire que á través de mi ventana viene anunciándome la primavera. Quisiera, pues, dar contigo algunos paseos por las mañanas.

—¿Y no crees tú que eso podría ser una imprudencia?—contestó Clotilde.

—¡Imprudencia llamas á respirar el purísimo ambiente de las montañas!

—Sin embargo, cuando el doctor prohíbe que salgas de esta habitacion...

—Los médicos, hija mia, suelen ser exagerados á fuerza de precavidos.

—Pues bien; consultemos con el doctor Samuel tu deseo.

—No, no, porque temo que me prohíba lo que será indudablemente para mí un placer inefable: pasear solo contigo por las orillas del lago, oír de los labios de mi encantadora Clotilde dulces palabras de cariño que fortalezcan mi abatido espíritu...

—Temo cometer una imprudencia accediendo á tus deseos.

—Pues bien; entonces iré yo solo, ya que te niegas á acompañarme.

—¡Oh, Dios mio! ¡yo no me niego á complacerte! Bien sabe Dios que nada deseo tanto como tu restablecimiento; pero he sufrido mucho, estás aún muy débil, y temo perder lo ganado cometiendo alguna imprudencia.

El general agitó tristemente la cabeza, y fijando una mirada llena de ternura en su hija, repuso de este modo:

—Veo, Clotilde, que me amas mucho más de lo que yo merezco.

—No se ama nunca demasiado á un padre.

—Cuando los hijos son tan buenos como tú...

—Y como Daniel, que está igualmente interesado en tu restablecimiento.

—¡Daniel!—murmuró el general con expresion de profunda tristeza;—Daniel es un remordimiento vivo que Dios ha querido colocar á mi lado, para recordarme siempre la historia de la desgraciada Angela. El profundo silencio que guarda siempre ese jóven, su resignacion, el no asomar nunca á sus labios una palabra de reconvencion desde el dia en que supo por la lectura del manuscrito la historia de su madre, son para mí un terrible castigo y una acusacion abrumadora. ¡Ah! si me arrojara al rostro mis faltas, me causaria ménos daño que con su silencio.

Y el general, exhalando un suspiro, añadió:

—Ya comprendes, hija mia, que esta situacion no puede prolongarse mucho. Yo agradezco con toda mi alma vuestra prudencia, vuestra abnegacion; pero es preciso que llegue el dia en que cada uno de nosotros ocupe el sitio que le corresponde. Para restablecer á los ojos del mundo una felicidad en nuestra familia, aunque no sea más que aparente, es preciso que antes venzamos grandes y poderosos obstáculos. Tu madre nos ha abandonado, rechazando toda reconciliacion. El conde de la Fe, poseedor de mi secreto y enemigo irreconciliable, no debe tampoco inspirarnos gran confianza. Pero vosotros sois mi único consuelo, y todo lo espero de vuestro amor y vuestra abnegacion.

Y entonces, como el general viese asomar dos lágrimas á los hermosos ojos de Clotilde, apoderándose

de una de sus manos y estrechándola con cariño contra su pecho, volvió á decir:

—Mucho temo, hija mia, que la felicidad no vuelva á aposentarse en el santuario de tu corazon; lo propio temo que le suceda á Daniel. Vosotros os habeis amado con toda la ternura, con toda la vehemencia que es propia á ese primer amor, que conserva el alma en la primavera de la vida, y al saber el fatal secreto, al descubrir que el amor de amantes os estaba vedado, es indudable que habeis visto desvanecerse vuestros queridos sueños, sintiendo en el fondo de vuestras almas las frias cenizas del cadáver de vuestro amor.

—Yo amaré siempre á Daniel,—repuso Clotilde,— y Daniel me amará á su vez toda la vida.

—Sí, es verdad, hija mia, os amareis siempre; pero ese amor ha cambiado por completo, y ese cambio temo que sea causa de vuestra desgracia.

Y el general dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho, como el reo devorado por los remordimientos en presencia de su víctima.

Clotilde no interrumpió durante algunos segundos aquel silencio.

Abundantes lágrimas derramaban sus ojos, y de vez en cuando sus purísimos labios se abrian para exhalar tristes suspiros.

Las palabras de su padre acababan de herir las fibras más delicadas de su corazon.

—Su amor, que habia nacido en su alma inocente á impulsos de las simpatías; su amor hacía Daniel, acrecentado en su corazon por las contrariedades y las

prohibiciones; aquel amor que habia poetizado sus sueños bajo el hermoso cielo de Madrid y en las pintorescas orillas del lago Lemán, habia huido de su pecho, exhalando un lamento de agonía, desde el instante en que sus ojos se fijaron en las primeras páginas del manuscrito de Angela.

Momento sublime y doloroso fué aquel para la enamorada jóven. Daniel no podia ser para ella el amante, el esposo, el pensamiento vivo, el deseo incesante de su corazón, la mitad de su alma; y este amor grande, sublime como el que inmortalizó á Julieta, como el que hizo inolvidable á Safo, le costaba muchas lágrimas, muchas noches de insomnio por la gran metamorfosis que habia sufrido.

Daniel era su hermano; era preciso, pues, amarle como á tal y olvidar que le habia amado como amante.

Pero para efectuar ese cambio de sentimientos, el corazón necesita tiempo, el espíritu fuerza, la voluntad energía, y sólo de una manera podia Clotilde arrancar de su alma la última raíz de su primer amor: amando á otro hombre; remota esperanza que abrigaba tal vez en su pecho.

Esta pausa dolorosa fué interrumpida por el general, que depositando un beso en la frente de su hija, repuso de este modo:

—Bien á pesar mio te he entristecido, evocando dolorosos recuerdos.

—Y faltando á los preceptos del doctor Samuel,—contestó Clotilde, esforzándose por sonreír,—que para que se efectúe rápidamente tu restablecimiento, tiene

mandado que no se fatigue tu imaginacion en lo más mínimo.

—Sí, pero el doctor al hacer esos encargos, se olvida de que la imaginacion es la vida, y que el pensamiento, como esa arteria que trasmite la sangre al corazon, no puede detenerse. Ofréceme, sin embargo, que mañana temprano me complacerás dando conmigo un paseo por las orillas del lago, y daremos fin á esta conversacion, que á ambos nos afecta.

Clotilde no supo resistir por más tiempo á las súplicas de su padre.

—Pues bien; vendré á buscarte, ya que lo deseas.

—Ya verás qué perfectamente me sienta el paseo. Te prometo que almorzaré á nuestro regreso con el mayor apetito.

Y como en este momento entraran en la habitacion el doctor Samuel y Julio de Monforte, el general añadió en voz baja:

—Silencio: es preciso que nadie sepa el propósito de nuestra excursion matinal, porque seria capaz el doctor de privarme de ese gran placer.

CAPÍTULO III

El emisario del conde de la Fe

Mientras tenia lugar la escena que acabamos de referir, Daniel, á quien el ruido de los hombres comenzaba á molestar más que el silencio religioso de los campos, se paseaba solo y meditabundo por la falda de una montaña próxima al palacio de Diodeti.

Desde que la lectura del manuscrito de su madre habia conmovido tan fuertemente el espíritu del jóven, aprovechaba todas las ocasiones en que, sin ser muy notado, podia entregarse á la soledad y á sus pensamientos.

Distraido y pensativo salió á la caída de la tarde del palacio de Diodeti, y en vez de emprender su paseo por las orillas del lago, se dirigió hácia el monte, siguiendo un camino vecinal que bordeaba su falda.

Ni él mismo se hubiera dado cuenta de aquel paseo. Como hemos dicho, necesitaba la soledad, el retraimiento.

Su mente, preocupada por tristes pensamientos, necesitaba no verse molestada por el ruido de las palabras, por la presencia de aquellos que podían dirigirle preguntas, á las que él no se hallaba dispuesto á contestar. Por otra parte, recordaba que, al terminar la lectura del manuscrito de su madre, y echando de ménos las páginas escritas por mano del general Lostan, Clotilde se había negado á entregarle aquella especie de testamento escrito por su padre, contentándose con decirle estas palabras, que habían quedado grabadas en la memoria de Daniel: «Esperemos á que se restablezca, y si él me manda que te las entregue, yo las pondré en tus manos. El tiempo te probará que soy digna de llamarme tu hermana, y que mi única ambición se reduce á verte feliz.»

¿Qué podía haber escrito su padre? ¿Por qué lo ocultaba con tanto afán Clotilde?

Hay momentos en que la duda se aferra en nuestro corazón hincándonos sus aceradas garras, y entonces el recelo, la desconfianza, nos dominan por completo.

¡Quién sabe!... Tal vez durante aquel paseo solitario la imaginación de Daniel hizo la grave ofensa á Clotilde de dudar de ella.

En el tropel de confusas y contradictorias ideas que bullían en su mente, no podía explicarse por qué se empeñaba su hermana en no dejarle leer aquellas páginas escritas por el general, y que constituían, por decirlo así, el desenlace del manuscrito de su madre.

Embebido en estas reflexiones, caminaba distraído, sin fijarse en la tierra que pisaba, porque hay momen-

tos en la vida en que sólo se existe para la idea que absorbe por completo nuestra imaginación.

El sol, mientras tanto, comenzaba á inclinar su radiosa frente hácia el ocaso, llenando de encanto y majestad con la poética luz de la tarde el grandioso panorama de aquellos sitios.

Pero ¿qué le importaban á Daniel los caprichosos cambiantes de aquellas nubes, precursoras de la callada noche, que se extendían por el dilatado espacio?

Su alma, abismada consigo misma, no podía entregarse á esos inefables goces de la contemplación.

El mundo para él, se reducía á la idea que le dominaba.

Por eso, con los brazos cruzados en la espalda, la mirada tristemente fija en el suelo, seguía la angosta vereda practicada en la falda del monte, sin ocuparse siquiera adónde podría conducirle. Por eso, sin duda, no se apercibió de un hombre, que, vestido con el traje de los aldeanos de aquel país, se acercaba hácia él por la misma vereda.

Cuando el desconocido caminante se encontró á pocos pasos de Daniel, como era preciso que uno de los dos se apartase para dejar paso al otro, se apartó del camino, y al fijar en el meditabundo jóven una mirada, no pudo contener una exclamación de asombro, á la cual siguieron estas palabras:

—¡Diablo! preciso será que dé gracias á la casualidad, pues ella me concede la inmensa dicha de encontrar á usted en este camino.

Al oír estas palabras, Daniel levantó la cabeza y

fijó una mirada en el desconocido, el cual, soltando una ruidosa carcajada, añadió:

—Debo estar bien disfrazado, cuando el señorito Daniel no ha conocido á su antiguo y leal servidor Lorenzo.

Efectivamente, Lorenzo iba perfectamente disfrazado, y Daniel le reconoció, más bien por sus palabras y por su voz, que por su rostro, admirablemente transformado.

—¿Usted aquí y con ese traje?—le preguntó Daniel.

—¡Ah! todo esto y mucho más se necesita para penetrar en casa del general Lostan.

—¿Cómo! ¿iba usted al palacio de Diodeti?

—Sí.

—¿En busca del general?

—No, iba en busca de su hijo el señorito Daniel.

—¿De parte del conde de la Fe?

—Precisamente.

—¿Qué ocurre?—preguntó con marcado sobresalto Daniel.

—Ocurre que el general Lostan, y pido á usted antes perdon para calificarle de este modo, es un hombre incorregible.

—Ruego á usted, Lorenzo, que me explique esas palabras.

—Con esa intencion iba á buscarle á usted al palacio de Diodeti. El general Lostan ha enviado esta mañana al conde de la Fe un cartel de desafío, y el conde, que ha rechazado esa proposicion por creerla tan inconve-

niente como ridícula, consecuente en su manera de pensar en todo aquello que puede serle útil á su hijo adoptivo, me ha dado una carta para que se la entregue á usted. Hé aquí el motivo de este disfraz, del que he creído oportuno servirme para no ser reconocido en el palacio de Diodeti por el general, ó por su ayuda de cámara Santiago.

Y Lorenzo, al decir esto, entregó una carta á Daniel, que rompiendo el sobre, se puso á leer precipitadamente en voz baja.

Decia así:

«Hijo mio: Hoy tu padre me ha enviado una provocacion insultante, y para que la humillacion dirigida á mi persona fuera mayor, ha elegido uno de sus criados para proponerme el cuarto desafío.

»Hace muchos años, que esclavo de mi palabra, como debe serlo todo caballero, encierro prudentemente en mi corazon todo el ódio y el desprecio que me inspira el hombre que mató las ilusiones de mi juventud y causó la prematura muerte de una mujer, ángel de la tierra, á quien yo daba el dulce nombre de hermana.

»Muerta Angela y libre del juramento que á ella le hice, tú te presentaste exigiéndome un nuevo sacrificio, y yo volví á cerrar mis labios, dejando dormir en el fondo de mi alma todo el ódio que sentia hácia el general Lostan.

»Pero ¿de qué servirán, hijo mio, todos estos sacrificios? Presumo que de nada, puesto que el general, apenas restablecido de su penosa enfermedad, en vez

de implorar la compasion de aquellos que pueden perderle, se levanta airado como en otro tiempo, y deseando exterminar á todos los que poseen su fatal secreto, empieza por proponerme á mí, pobre anciano, un duelo á muerte, persuadido sin duda como está de su victoria y de que nadie guarda mejor los secretos que la tumba.

»Pero no me aflige á mí, querido Daniel, la provocacion, el insulto, la amenaza que acaba de arrojarme al rostro: me aflige la idea de pensar que el general es un hombre incorregible, y que despues de concluir conmigo, procurará librarse tambien del doctor Samuel, como en otro tiempo, que en tan grave peligro puso su vida; y Dios quiera que tú, hijo mio, no seas para ese hombre desalmado un obstáculo que trate algun dia de hacer pedazos.

»Al escribir estas palabras me tiembla la mano; el corazon vacila, porque cuando se han cumplido los setenta años, la naturaleza, empobrecida por la vejez, se torna débil, y el corazon, falto del calor de las pasiones, nada ambiciona sino la paz para terminar tranquilamente los dias que Dios quiera concedernos de vida.

»He vacilado mucho antes de escribirte esta carta, porque comprendo el terrible efecto que causará su lectura á tu alma impresionable; pero temiendo un atropello por parte del general Lostan hácia mi persona, y dejándome llevar por el egoismo natural del que no se halla exento ni el hombre más generoso, te ruego vengas á verme para buscar la manera de librarme de las asechanzas que indudablemente me tiende tu padre;

pues de lo contrario, me veré en el caso de regresar inmediatamente á España y dar cuenta á los tribunales de los hechos del general Lostan, para que venguen á la sociedad ofendida.

»Ven, pues, á verme esta noche, si te es posible, y no olvides que yo siempre seré para tí tu padre adoptivo.

»FERNANDO.»

Daniel, al terminar la carta, se hallaba verdaderamente afectado. La conducta de su padre le parecia inconveniente, pues como habia dicho el conde de la Fe, en vez de implorar el perdon y la clemencia, se volvia iracundo contra aquellos á quienes tanto daño habia causado.

—Dígale usted al señor conde de la Fe que esta noche iré á verle; que me espere.

—¿A qué hora?—preguntó Lorenzo, que habia estudiado detenidamente el efecto que la carta causara á Daniel.

—Lo ignoro, pero sospecho que será despues de las doce.

—Está bien,—repuso Lorenzo;—¿no tiene usted nada más que decirme?

—Tan sólo que le participe usted al señor conde que puede vivir tranquilo, pues no volverá á batirse nunca con el general Lostan.

Despues de esto, Daniel volvió la espalda brusca-mente á Lorenzo, y se encaminó con precipitacion al palacio de Diodeti.

El emisario del conde de la Fe permaneció inmóvil en el mismo sitio, siguiéndole con la mirada, y cuando el cuerpo de Daniel se perdió en una de las revueltas de la vereda, haciendo un movimiento con los hombros y sonriéndose de una manera sarcástica, murmuró en voz baja:

—¡Pobre muchacho! Al fin y al cabo caerá en las redes como un inocente pajarillo. La buena fe es una especie de imbecilidad que reside en el corazón humano, obligándole á cometer multitud de tonterías. Pero ¿qué sería de los astutos si no existieran los inocentes?

Y Lorenzo, girando sobre sus talones con la gravedad de un veterano, se encaminó á buen paso por el camino opuesto al que seguía Daniel.

CAPÍTULO IV

La carta de Blanca

Cuando Daniel llegó al palacio de Diodeti, era completamente de noche.

Como el estado de agitacion en que se encontraba su espíritu era grande, deseando la soledad, se dirigió á la habitacion que ocupaba en el piso bajo.

Esta habitacion, una de las más grandes del palacio, era tambien la de Julio de Monforte, que la habitaba con objeto de acompañar á su amigo.

Daniel encontró encendida la lámpara sobre la mesa, y se dejó caer en una butaca.

Durante algunos minutos permaneció inmóvil, con los codos apoyados sobre la mesa y la frente hundida entre las manos.

La carta del conde de la Fe habia contribuido á ennegrecer más los tristes y sombríos pensamientos que cruzaban por su mente.

El general era verdaderamente incorregible, y á manera que su cuerpo recobraba la salud y la fuerza, parecía disponerse para la lucha, como si todos los que poseían su secreto le estorbaran en el mundo.

Nunca sintió Daniel como en aquellos momentos de soledad tantos deseos de saber lo que su padre habia escrito en las últimas páginas del manuscrito, el dia que, pensando morir, se habia despedido de su hija.

—Sí,— se decia hablando consigo mismo,—mi padre entonces escribió lo que le dictaba su conciencia, porque pensaba en la muerte; pero hoy pensará de distinto modo. Clotilde me oculta esa confesion, que es preciso que yo lea á toda costa, aunque para ello me vea precisado á tomar las silenciosas precauciones del ladrón y registrar todo el palacio.

Daniel extendió maquinalmente un brazo sobre la mesa, y su mano fué á caer sobre una carta, cuyo sobre roto tenia el sello de España.

Hay momentos en la vida en que se apoderan de nuestro corazón deseos tan vehementes como inexplicables.

Daniel fijó con marcada curiosidad los ojos en aquel sobre, escrito al parecer por una mano femenina, y que decia: «*Sr. D. Julio de Monforte—Lago Lemán—Palacio de Diodeti—GINEBRA.*»

La curiosidad es madre de grandes imprudencias. Daniel, ó distraído ó curioso, cogió aquella carta, que aquella misma mañana habia recibido de España Julio de Monforte, y como el sobre estaba roto, fijó los ojos con distraccion en las primeras líneas.

Indudablemente debieron llamarle mucho la atención, pues su fisonomía sufrió un cambio notable, y continuó leyendo con marcado interés.

Al llegar á la mitad de la carta, por nada del mundo hubiera Daniel dejado de terminar su lectura.

La casualidad le revelaba un secreto para él de la mayor importancia, y aquella imprudencia debía ser altamente provechosa para su amigo Julio, á quien amaba como á un hermano.

Veamos nosotros el contenido de la carta; pero expliquemos antes cómo se encontraba sobre la mesa un escrito que para Julio debía ser causa de la mayor reserva.

Julio habia recibido aquella carta, que era de su hermana, por la tarde; la habia leído solo en su habitacion, y dejándola sobre la mesa despues de enterarse de su contenido, se disponia á contestarle, cuando asomándose á la ventana, vió á Clotilde que se paseaba sola por el jardin. La saludó á tiempo que Clotilde le decia:

—¿Está usted muy ocupado?

—Mi ocupacion se reduce á no hacer nada,—contestó Julio.

—Entonces me atrevo á suplicarle que baje usted á ayudarme á coger algunas flores, pues quiero renovar los ramos de la habitacion de mi padre, y mi hermano Daniel debe haberse marchado á pasear por el lago, puesto que no se le encuentra en toda la casa.

Julio no esperó á que le repitieran la súplica: ama-

ba á Clotilde con toda su alma, y por ella lo olvidaba todo.

Salió, pues, precipitadamente de su habitacion, dejando la carta olvidada sobre la mesa.

Esta circunstancia hizo poseedor á Daniel de un secreto, que estaba muy lejos de sospechar.

Ahora; veamos el contenido de la carta. Decia así:

«Hermano mio: Siempre que recibo alguna carta tuya, se inundan de lágrimas mis ojos, y yo misma no puedo explicarme si estas lágrimas son hijas del placer ó del dolor.

»¡Dichoso tú, que vives bajo el mismo cielo de la mujer que amas! ¡Triste de mí, que respiro lejos de aquel á cuyo recuerdo he levantado un santuario en el recinto más cariñoso de mi alma!

»Muchas veces, hermano mio, pienso que nuestra desgracia seria inmensamente mayor, si no tuviéramos la inmensa dicha de comunicarnos nuestros mútuos pensamientos, nuestras íntimas impresiones; porque es siempre un gran consuelo para los tristes depositar en el corazon que se interesa por ellos, todos los melancólicos pensamientos que abrigan en sus mentes.

»Cuando recibo alguna de tus cartas, se apodera de mí un vivo deseo de encontrarme sola, y aprovechando la primera ocasion, me cierro en mi gabinete para leer y llorar, persuadida de que en tu escrito he de encontrar el nombre de aquel á quien tanto amo, y me has de hablar largamente de aquella á quien rindes respetuosa adoracion desde el dia en que se presentó en nuestra casa para ser nuestro ángel salvador.

»Yo comprendo que tu amor, como el mio, no son otra cosa que un sueño, del que no despertaremos nunca, y que nunca podrá convertirse en realidad; pero es un sueño tan dulce, que estoy resignada á soñar toda mi vida.

»Nuestra buena madre y yo continuamos rogando todas las noches por el pronto restablecimiento del general, y hay en este ruego algo de egoismo, pues calculo que cuando el marqués se halle completamente bueno regresareis á Madrid, y yo podré entonces ver al que tanto amo, si bien es verdad que tú verás menos á la que tanto adoras.

»Escríbeme con frecuencia y háblame mucho de ellos. Yo bendigo á Dios porque os ha permitido llegar á tiempo para salvar á Clotilde y á Daniel, y confio que tú, obedeciendo á los impulsos y á los deberes de la gratitud, sabrás sacrificar te por nuestra hermosa protectora, sin que jamás una palabra imprudente le revele el secreto de tu alma.

»Somos pobres, Julio, muy pobres, y si cometiéramos una imprudencia, podrian apreciarse mal los nobles impulsos de nuestros corazones. Nuestro destino es sufrir y callar, y dichosos nosotros si sacrificándonos podemos alcanzar algun dia que Clotilde y Daniel nos den el dulce nombre de hermanos.

Las almas elevadas para amar, no necesitan ser correspondidas; amemos, pues, en silencio.

»Tuya,

»BLANCA.»

Daniel dobló la carta cuidadosamente, y la colocó en el sobre, dejándola en el mismo sitio.

La pasión de Julio no era un secreto para él.

Este descubrimiento le preocupó durante algunos momentos. Después, haciendo un movimiento con los hombros, murmuró en voz baja:

—¡Quién sabe! ¡Tal vez lleguen á ser felices! ¡tal vez ella le ame con el tiempo! ¡Pero Blanca!...

Y Daniel, pasándose la mano por la frente, se puso en pié, murmurando:

—¡No, no! ¡sólo se ama una vez en la vida!

Y comenzó á dar paseos por la habitación.

Poco después Julio de Monforte entraba en la estancia, y al ver á su amigo exclamó:

—¡Oh! ¡gracias á Dios que te encuentro!

—¿Me buscabas?—preguntó distraídamente Daniel.

—Sí.

—¿Qué quieres?

—¿Olvidas que han dado ya las nueve de la noche?

—No me había ocupado de ello.

Julio se acercó á su amigo, colocó familiarmente una mano sobre su espalda, y mirándole con marcado interés, añadió:

—Daniel, ¿qué tienes? ¿Por qué huyes de nosotros? ¿Por qué buscas la soledad? ¿No te inspira ya confianza tu amigo Julio?

Daniel estrechó expresivamente la mano de Julio, y dijo:

—Tus palabras envuelven una reconvencción que no merezco, pues jamás he tenido secretos para tí. Tú sa-

bes la difícil situación en que me encuentro: no deben extrañarte, por consiguiente, ni mi retraimiento, ni mi falta de alegría.

Y Daniel, sonriéndose tristemente y dirigiendo una mirada hacia la mesa, añadió:

—Yo, sin embargo, podría reconvenirte. Acabo de leer la carta que desde España te ha escrito tu hermana Blanca.

Al oír estas palabras, Julio retrocedió dos pasos, demostrando en su semblante el mayor asombro.

La sonrisa que poco antes había asomado á los labios de Daniel se acentuó más, y tendiéndole una mano á su amigo, repuso:

—Yo te ruego que perdones una imprudencia, que ni yo mismo me explico; imprudencia que estoy contento de haber cometido, pues ella me ha revelado el secreto de tu corazón.

Julio se llevó la mano á la frente como si sintiera desvanecerse sus ideas, y luego, faltándole las fuerzas, se dejó caer en una silla, murmurando:

—¡Qué has hecho, Daniel! ¡qué has hecho!

—Tú amas á Clotilde, y ese amor no debe avergonzarte.

—Sí, pero ese amor, que yo he conceptuado siempre como un imposible, desde el momento que no es un secreto para tí, me obliga á abandonar esta casa, y mañana al nacer el día partiré para España.

Y Julio al pronunciar estas palabras estaba pálido como un cadáver.

—No partirás, Julio, no partirás; porque yo no

quiero que partas, porque yo necesito que continúes á mi lado.

Y como Julio permaneciera con la cara oculta entre las manos, Daniel, despues de contemplarle con cariñoso interés, le dijo:

—Hablemos.

Y colocando una silla junto á su amigo, se sentó.

CAPÍTULO V

Un alma generosa

—Yo bendigo, querido Julio, el momento dichoso,—añadió Daniel,—que al caer distraída mi mirada sobre esa carta, sentí, sin poder explicarme la causa, vehementes deseos de leerla. Amar no es un crimen, sobre todo cuando se tiene un corazón tan noble, tan generoso como el tuyo. Levanta la frente, y recuerda que muchas veces nos hemos dado el dulce nombre de hermanos.

Esta introducción, llena de ternura y de cariño, reanimó á Julio, que arrojándose en los brazos de su amigo, exclamó verdaderamente conmovido:

—Eres el mejor de los amigos, Daniel; tus palabras llenan de felicidad mi alma.

—Serénate y tratemos con calma este asunto, del que indudablemente se halla pendiente tu felicidad.

—A tí no trafo de negártelo: amo á Clotilde con todo mi corazón, desde el primer día que, ángel de bon-

dad, aseguró con sus mercedes el porvenir de mi madre y de mi hermana, seres queridos que yo veía languidecer en el seno triste de la miseria; pero ese amor es una locura imposible; yo le guardaba avaro en el fondo de mi alma.

—¿Y por qué ha de ser una locura?—repuso Daniel, sonriéndose bondadosamente.—Demos tiempo al tiempo, querido Julio, y permite que te reprenda por tu silencio. Nadie á mis ojos será nunca más digno del amor de Clotilde que tú; tú, que la amas en silencio y que has tenido bastante grandeza de alma para sacrificar ese amor, no solamente cuando creías que yo era el amante de Clotilde, sino hoy que sabes que soy su hermano. Tanta delicadeza merece ser recompensada, y puedes contar conmigo para conseguir el logro de tus deseos.

—No, Daniel, no,—contestó Julio con un acento de profunda tristeza;—mi amor es un sueño, un imposible. Clotilde pertenece á una clase elevada de la sociedad; yo soy un pobre abogado, sin más patrimonio que mi carrera, que aún no me ha producido nada. Si despues de los favores que he recibido del general Lostan, tuviera la audacia de solicitar la mano de su hija, la sociedad tendria razon para juzgarme de un modo poco ventajoso. Yo te agradezco tus generosas intenciones, tus nobles deseos; pero te ruego que no alienates mis ilusiones y que dejes dormir eternamente en el fondo de mi alma ese amor, que es mi único tesoro y mi único sueño de felicidad.

—Bien, como quieras,—contestó Daniel, compren-

diendo que no era aquel momento el más á propósito para convencer á su amigo;—guarda el secreto de tu amor, pues que así lo deseas; sacrificate, violéntate para que no salga nunca á tus labios; pero yo soy tu amigo verdadero y sé lo que debo hacer.

—¿Qué es lo que intentas?—preguntó con sobresalto Julio.

—Devolverte uno por uno todos los servicios que me prestaste en otro tiempo; sondear el corazón de mi hermana, y no cesar ni un solo instante hasta que llegue un día en que pueda contribuir á que se realicen tus sueños de felicidad.

—¿Pero no consideras que si Clotilde rechaza mi amor, yo me veré precisado á huir de esta casa y á no sentir la inmensa dicha de verla? Yo suplico á tu amistad que guarde mi secreto.

—Es que yo deseo demostrarte el interés que me inspira tu porvenir,—repuso Daniel,—y no tenemos tiempo que perder, porque tal vez antes de quince días las circunstancias me obliguen á separarme de mi padre para siempre.

—¿Qué dices!

Daniel dirigió una mirada en derredor suyo, y apoderándose de una de las manos de su amigo, añadió:

—Escucha, Julio: cada día que transcurre, mi situación es más difícil. Para entrar en la legítima posesión de mis derechos, es preciso que arrebaté á Clotilde los suyos y arroje una mancha sobre la honra de mi padre. La felicidad de mi familia es imposible, porque ante ella se levanta el indomable orgullo de la mar-

quesa del Rádío; está escrito que algunas criaturas sean desgraciadas desde la cuna al sepulcro. Mi madre fué una de ellas, yo tambien lo seré, me lo dice el corazon, y por eso, huyendo de las gentes, busco la soledad.

—Pero tú eres jóven, y un brillante porvenir se abre ante tu paso.

—Ese porvenir sólo podria conseguirlo á costa de la vergüenza de mi padre, de la humillacion de mi hermana, y no quiero conseguirlo á tanto precio. El amor, que todo lo embellece y que trueca en encantado palacio la cabaña, podria devolverme la felicidad que en otro tiempo creí muy próxima de poder realizar; pero el amor ha huido de mi corazon, dejando un vacío que va poco á poco llenándose de un inmenso desconsuelo. Necesito la soledad, y pronto iré á encerrarme con mi dolor en la retirada mansion donde trascurió mi infancia, bajo el modesto techo de aquella casa donde he pasado las horas más felices de mi vida, recibiendo las caricias de una madre, que hoy desgraciadamente no existe.

—Veo, querido Daniel, que te hallas en uno de esos momentos de desesperacion en que la mente se ofusca y se complace en extender ante los ojos un horizonte cargado de sombrías nubes...

Daniel se sonrió tristemente.

—Pero la amistad,—añadió Julio,—me impone el deber de recordarte, que si tomas una resolucion tan desesperada, si abandonas esta casa, tu pobre hermana, que tanto te ama, sufrirá mucho.

—Por ella, solamente por ella, quiero sacrificarme. No creas que mi resolución es hija de la ligereza y de los pocos años: he meditado mucho el caso en que me encuentro. Mi presencia en Madrid, mi instalación en casa del marqués del Rádío, tal como por mis derechos me corresponde, puede ser altamente humillante para Clotilde. El día que yo sea reconocido ante la sociedad por hijo legítimo del general Lostan, será preciso poner de manifiesto á todo el mundo, que la marquesa del Rádío no ha sido otra cosa que la querida del general, y Clotilde se verá cubierta con la infamadora mancha de las hijas naturales. Una mujer joven, acostumbrada al lujo y á las consideraciones que son inherentes á una gran fortuna, siente mucho descender de su elevada categoría. Clotilde necesita, por consiguiente, más que yo continuar perteneciendo á la clase que le tocó en suerte desde el día de su nacimiento: pasar á los ojos de todos aquellos que la conocen y la tratan, por la hija legítima y única de los marqueses del Rádío. Yo, por el contrario, acostumbrado á vivir en el seno de la modestia, casi de la pobreza; yo que he pasado veinte años de mi vida sin conocer á mi padre, y á quien todos indudablemente creen hijo natural; yo que ni tengo grandes aspiraciones, ni me seduce el fausto ni la riqueza, porque tengo la seguridad de que todo el oro del universo no podría darme la felicidad que ambiciono, no me sacrifico gran cosa cediendo el puesto á mi hermana, ni trates de persuadirme de lo contrario, porque sería en vano. No hablemos, por consiguiente, de semejante asun-

to; tengo formado mi plan, y no retrocederé por nada ni por nadie. Ocupémonos de tu felicidad y de la de Clotilde. Los desgraciados, cuando tienen un corazón grande y generoso, se gozan también en la dicha de sus prójimos.

—¿Y crees tú que Clotilde, tan buena, tan cariñosa, podrá consentir que su hermano se sacrifique, pasando una vida de soledad y de privaciones, mientras ella disfruta de los privilegios y comodidades de una gran fortuna? ¿Crees tú que Clotilde podrá ser feliz viviendo en medio del lujo y de la ostentación, mientras tú, su hermano, á quien ella tanto ama, viva encerrado en la miserable casa de una aldea? ¡Ah! no lo esperes: el noble corazón de Clotilde se sublevará ante tan heroico sacrificio, y la creo muy capaz de decirle á esa sociedad, que la admira por su hermosura, por su talento y por su fortuna: «No me admireis: todo este lujo que os deslumbra, todos estos títulos que os fascinan, no me pertenecen, son de un hombre generoso, que sacrificándose por mí ha ido á ocultar su virtud y sus derechos á una pobre aldea.» No lo dudes, Daniel; Clotilde prefiere tu felicidad, tu aprecio y el verte á su lado, á todas las necias vanidades del mundo.

Daniel, agradecido ante esta ardorosa y noble defensa que Julio hacia de su hermana, le tendió una mano con cariño, diciéndole:

—¡Gracias, Julio, gracias por el elevado concepto que te inspira mi hermana; no desconozco sus virtudes; pero tendrá que aceptar mi sacrificio, que, por

otra parte, es tan voluntario, tan de mi gusto, que no ha de costarme mortificacion alguna llevarlo á cabo! Mientras tanto, si yo tengo alguna influencia con Clotilde, no dudes que la emplearé para que logres con el tiempo ser correspondido, y llegue el dia que te de el dulce nombre de esposo.

Y como Julio demostrara con un gesto que no creia llegase nunca á realizarse aquella encantadora esperanza, Daniel añadió, sin dar tiempo á su amigo á que pronunciase una palabra:

—No te opongas á mis deseos. Sabedor de tu secreto, sé lo que me toca hacer. En cuanto á tu hermana Blanca...

Daniel se detuvo, y Julio se estremeció, porque en aquella acalorada discusion habia olvidado, que al sorprender su amigo su secreto con la lectura de la carta, habia sorprendido asimismo el de su hermana Blanca.

—¡Quiera Dios que con el tiempo,—añadió Daniel,—tu hermana, que es un ángel de la tierra, encuentre á un hombre que llene por completo todas las aspiraciones de su alma virginal!

—Puesto que hemos llegado á este punto,—añadió con cierta solemnidad Julio,—seria en vano ocultarte lo que tú no ignoras desde que leiste la carta de mi hermana, que en mal hora dejé olvidada sobre la mesa. Blanca te ama desde mucho tiempo antes que Clotilde se presentara en mi casa para ser la providencia de mi familia; pero Blanca, como yo, ha hecho el sacrificio de su amor, y nada espera; porque como ella dice al

final de la imprudente carta que cayó en tus manos: «Para amar, no es preciso ser correspondido.» Olvida, pues, esa revelacion de un alma sencilla, hecha por una niña inocente á su hermano. Si Blanca supiese que tú has leído su carta, no lo dudes, Daniel, se moriría de vergüenza.»

—¡Dios solo lee en el porvenir! ¡A Dios solo le es dado saber anticipadamente los pasos que ha de dar la criatura! ¡La inmaculada pureza de tu hermana nada ha perdido ante mis ojos, porque ese dulce gemido de su alma haya llegado á mis oídos! ¡Vive, pues, tranquilo, Julio, y estrecha sin turbacion y sin el menor sobresalto la mano de tu amigo, de tu hermano del corazón!

—Pero antes,—repuso Julio, que no podia ocultar la emocion que sentia,—júrame que no revelarás á Clotilde ni una sola palabra que pueda hacerle comprender el inmenso amor que por ella siento.

—Esa es una promesa bastante difícil de cumplir, cuando yo trato de allanarte el camino que ha de conducirte á la felicidad.

—Piensa que esa felicidad es imposible, porque la marquesa del Rádío con su orgullo, y el general con sus preocupaciones, no han de permitir nunca que el pobre, que el modesto Julio de Monforte, forme parte de su familia.

—Si Clotilde te ama, me sobra á mí poder para allanar todos esos obstáculos.

Y Daniel, recordando que aquella noche tenia aún que acudir á la cita del conde de la Fe, añadió:

—Ahora vamos á separarnos. Confía en tu amigo, confía en tu hermano.

Julio quiso detener á Daniel para rogarle nuevamente que no cometiera ninguna imprudencia; pero este, indicándole con un movimiento de cabeza que se tranquilizara, salió precipitadamente de la habitación.

de Clotilde comprendió que era preciso para conseguir que ella tomara una energía resolución. Sólo le detenia una cosa: el deseo vehementemente de leer las páginas que el general Lostan había escrito en las memorias de Angela. Serían las once de la noche. Había ofrecido ir a ver al conde de la Fe; pero antes se encaminó a la habitación de su hermana para buscar las páginas que Clotilde había arrojado del manuscrito. Del contenido de estas páginas dependía la marcha que debía

CAPÍTULO VI

Las páginas del general Lostan

— Cuando Daniel llegó á la antesala, se detuvo, se llevó una mano al pecho, respiró con fuerza, y se dijo hablando consigo mismo: —

— Es preciso poner término á esta situación: las vacilaciones son altamente perjudiciales en estos casos. Adelante, y valor.

Y volvió á emprender su marcha por un corredor que conducía á la habitación de su hermana.

La carta del conde de la Fe y la de Blanca, habían contribuido á que Daniel tomara una resolución, que muy pronto le veremos poner en práctica.

Como le habia dicho poco antes á Julio, su situación era especial y verdaderamente abrumadora.

Si en el corazon de Daniel hubiera existido un átomo de egoismo, el problema de su porvenir se hallaba resuelto; pero no anhelando otra cosa que la felicidad

de Clotilde, comprendió que era preciso para conseguirla tomar una enérgica resolución.

Sólo le detenía una cosa: el deseo vehemente de leer las páginas que el general Lostan había escrito en las memorias de Angela.

Serian las once de la noche. Había ofrecido ir á ver al conde de la Fe; pero antes se encaminó á la habitacion de su hermana, resuelto á buscar las páginas que Clotilde había arrancado del manuscrito. Del contenido de estas páginas dependia la marcha que debia trazarse para lo venidero Daniel.

Cogió una bujía, la encendió, y se dirigió resueltamente al gabinete de su hermana.

—Si está Clotilde en su habitacion,—se dijo,—le obligaré á que me enseñe ese documento escrito por mi padre; si no, le buscaré hasta encontrarle.

Daniel penetró, con el sigilo del que va á cometer una mala accion, en el dormitorio de su hermana; pero Clotilde estaba allí, sentada junto á la mesa escribiendo.

La presencia de su hermano, á quien no había visto desde por la mañana, sorprendió á la jóven agradablemente.

—¡Ah! no esperaba yo ménos de tí. ¿Vienes á darme las buenas noches y á disculparte de tu conducta de hoy?

—No, Clotilde, venia con otra intencion; creia no encontrarte, pero me felicito al verte aquí.

Daniel pronunció estas palabras con una entonacion que causó mal efecto á Clotilde.

Esta le miró con fijeza, diciendo:

—Daniel, sospecho que voy perdiendo tu confianza.

—Es que hay momentos en que llego á dudar de todo, hasta de mí mismo.

—¡Oh Dios mio! algo te sucede. Siéntate y no me ocultes nada.

—Sí, dices bien, Clotilde, no debo ocultarte nada; la situación difícil en que me hallo, no es posible prolongarla por más tiempo. Vengo, pues, á exigirte que me entregues las páginas que escribió tu padre al final de las memorias de mi madre.

—¡A exigirme!—repitió Clotilde con asombro.

—Sí, puesto que mis súplicas no han sido bastantes para obligarte á que me concedas ese pequeño favor.

Dos lágrimas asomaron á los ojos de Clotilde.

—Tus palabras,—dijo,—envuelven una acusación á mi persona, que no merezco. Dudas, y esa duda me ofende.

—Perdona, Clotilde; pero cuando un hombre se halla en la situación en que yo me encuentro, terribles luchas agitan su corazón, y en su mente se abrigan pensamientos que le causan terribles angustias. Yo esperaba tranquilo la resolución de este drama de familia, que tanto nos interesa; pero me he convencido de que tu padre es incorregible y de que se presentan tantos obstáculos para nuestra felicidad, que estoy resuelto á desenlazar por mí mismo este drama, pues me importa poco ser yo la sola víctima.

—No te comprendo.

—Ni yo podría darte más explicaciones.

—¿Dices que mi padre es incorregible? —preguntó Clotilde.

—Sí, puesto que acaba de proponer un desafío á muerte al conde de la Fe, poseedor de su secreto.

—¡Dios mio!

—No temas, ese desafío no se efectuará. Al general le molestan todos aquellos que pueden arrojarle al rostro su historia pasada. Puede vivir tranquilo. Mientras yo exista, nadie mancillará su nombre, y mi hermana Clotilde de Lostan ocupará en la sociedad el lugar que le corresponde. Pero para eso, vuelvo á repetírtelo, necesito que me entregues ahora mismo esas páginas que escribió mi padre, y que tú con tanto afán me ocultas.

—Pero esas páginas no tienen valor ninguno, desde el momento en que la vida de mi padre no corre peligro; fueron escritas en un momento de desesperacion, porque ellas...

Clotilde se detuvo, llevóse las manos á los ojos, y exclamó con desesperacion:

—¡No, jamás, jamás te las entregaré!

Esta negativa enérgica aumentó los recelos, acrecentó las sospechas, afianzó la duda en el corazón de Daniel.

—Está bien; no insisto más, pero desde este momento vamos á separarnos para siempre.

—¡Qué dices!

—Yo no puedo vivir bajo el mismo techo en que vive el general Lostan, asesino de mi madre; en que

vives tú, que te empeñas en ocultarme un escrito que á mí fué dirigido en un instante de arrepentimiento, y cuyo escrito puede resolver la difícil situación en que me encuentro. Para conseguir lo que deseo, no esperes que emplee la violencia, ni que recurra á los tribunales; pero tampoco esperes que permanezca ni una hora más en esta casa, en donde sólo existen corazones egoistas, que desprecian mi dolor y mi desesperación.

—¡Daniel, Daniel, acabas de hacerme una terrible ofensa! ¿dudas de mí? ¿quieres leer las páginas que escribió mi padre, y que yo he procurado ocultarte, porque las creía tan egoistas como injustas? Pues bien, léelas, y ellas sean el castigo de tu desconfianza, que acaba de herir de muerte mi corazón.

Clotilde entró precipitadamente en su alcoba, abrió un armario, sacó de su escritorio de viaje unas hojas de papel, y arrojándolas sobre la mesa, añadió:

—Lee, y no vuelvas nunca á dudar de tu hermana Clotilde, que te ama con toda su alma.

Clotilde se dejó caer fatigada en un sofá, y cubriéndose el rostro con ambas manos, lloró amargamente.

Daniel, olvidando el profundo dolor de su hermana, comenzó á leer lo que sigue:

«Daniel, hijo mio: comprendo el estado de tu espíritu al terminar la lectura de las tristes y dolorosas páginas del manuscrito de tu madre. Mucho debes odiarme, mucho necesito para alcanzar tu perdón; pero el mayor castigo que podría imponer la Providencia á mis culpas, es el que mis hijos lean mi historia pasada, es-

crita sin pasión, sin encono, con la templanza del que perdona y se compadece, como lo ha hecho Angela, la más inocente de mis víctimas.

»No esperes, pues, que en estas páginas yo trate de disculparme; merezco tu desprecio, y avergonzado de mí mismo, escribo estas líneas con el objeto de que mañana, cuando caigan en tus manos, cuando fijes en ellas tus ojos, te inspire compasión el que tanto daño te ha causado, porque mañana habré dejado de existir.

»Quiero, sin embargo, obedeciendo á una idea, que tú podrás juzgar de egoísta, al despedirme de tí, recomendarte á tu hermana, á mi querida Clotilde, inocente de toda culpa. Sé cuánto la amas, y sé también que todos los generosos instintos del corazón de tu madre se hallan inculcados en el tuyo; voy, pues, á exigirte un gran sacrificio, porque de este sacrificio depende el porvenir de Clotilde.

»Yo he adquirido una fortuna bastante considerable, que es del todo independiente de la fortuna de la marquesa del Rádio.

»Si alguna influencia ejercen en tí las palabras de un padre que va á morir, aunque este padre reconozca que ha sido muy ingrato contigo, yo me atrevo á suplicarte que no hagas valer los derechos legítimos que tienes para que te se reconozca como hijo primogénito del general Lostan. Déjale esos derechos á tu hermana, que como mujer los necesita más que tú, para que la maledicencia no se cebe en su honra, y quédate tú en cambio toda la fortuna exclusivamente mía, que yo te cedo en pago de tu silencio y tu resignación.»

Daniel al llegar aquí suspendió la lectura, exhaló un gemido, porque aquella proposición humillante le hacía daño.

Y luego, dirigiendo una mirada hácia su hermana, que continuaba llorando, agitó tristemente la cabeza, y murmuró en voz baja:

—Apuremos el cáliz de la amargura.

Daniel continuó leyendo:

»No por mí, que ningún derecho tengo para exigirte nada; por tu hermana es por la que te ruego y suplico.

»Dentro de pocas horas, un hombre temible, que sabe mi secreto y que ha trabajado mucho por perderme y perderte, dejará de existir, porque yo estoy resuelto á sacrificarlo todo por la honra de mi hija. Este es un egoísmo de padre, que, aunque tú no comprendas, espero que me disculpes.

»Cuando el conde de la Fe baje al sepulcro, mi secreto no correrá peligro de divulgarse, porque todos aquellos que lo saben tendrán buen cuidado de que no asome nunca á sus labios: la marquesa del Rádío por su orgullo, Clotilde por mi honra, tú por la dignidad de Clotilde, y el doctor Samuel, porque sólo hará aquello que tú le aconsejes.

»Medita con detención esta súplica que te dirijo; salva á Clotilde y perdona á tu padre.

»Hija mia, querida Clotilde: al despedirme de tí para siempre, te encargo como mi última voluntad, que si tu hermano Daniel se resuelve á llevar á cabo el sacrificio que le exijo, no te opongas á tan noble

accion, olvidando que al oponerte peligra tu reputacion.

»Rogad á Dios por vuestro padre,

PEDRO DE LOSTAN.»

Aquí terminaba la lectura.

Daniel dirigió una mirada á su hermana, que continuaba llorando en el sofá.

—Perdona, Clotilde,—la dijo,—si he dudado de tí por un momento. Hacias bien en ocultarme estas páginas, que por otra parte, tengo una gran satisfaccion en haber leído.

Y como Clotilde guardara silencio, continuando en su actitud dolorosa, Daniel añadió:

—Era inútil que el general me recomendara un nuevo sacrificio; pero desgraciadamente, los hombres juzgan el corazon humano por sí mismos, y suelen equivocarse muchas veces, creyendo que nadie es capaz de llevar á cabo una accion noble.

Y luego murmuró en voz baja, pero tan baja, que no pudo oír Clotilde sus palabras:

—Yo sé lo que debo hacer. Mi madre se sacrificó por su esposo, por un hombre que era indigno de tan noble sacrificio; justo es que yo me sacrifique por la más noble y cariñosa de las hermanas.

Y Daniel, despues de dirigir una mirada llena de ternura á Clotilde, que casi desvanecida en el sofá, permanecia con el rostro oculto entre las manos, salió del gabinete sin meter ruido, diciéndose para sí:

—Las lágrimas son un gran consuelo para el corazón; la soledad es un bien para los que sufren. El conde de la Fe me espera. Terminemos pronto.

Algunos minutos despues, Daniel sacaba sigilosamente de la cuadra su caballo, conduciéndolo de la brida hasta la puerta del jardin.

Una vez allí, montó con ligereza, y se dirigió á galope por el camino del monte que conducia á la casa del conde la Fe.

CAPÍTULO VII

La impaciencia del que espera

La venganza brutal, esa venganza que consiste en hundir un cuchillo en el corazón del ser que se odia, ó hacerle apurar una pócima que le produzca la muerte, no era la venganza que codiciaba el conde de la Fe.

Lo que el viejo aristócrata quería, era humillar, deshonorar á su enemigo, al hombre que más odiaba en el mundo.

Desbaratado su maquiavélico plan, perdida en gran parte la confianza de Daniel, el conde pensaba en su desesperacion, que no le quedaba otro medio para vengarse que recurrir á un escándalo vulgar.

Esto no satisfacía sus deseos, ni era digno del hombre de talento y de elevada jerarquía.

Meditó, pues, con detenimiento un nuevo plan de venganza, consultando siempre con el astuto Lorenzo, que era hombre de su completa confianza.

—Publicar en los periódicos,—le decía á su leal servidor,—la historia del general; decirle al público y á sus amigos todo lo que ese hombre ha hecho, es verdaderamente fácil, y no habia de faltar un periódico que se tomara ese trabajo, dándole yo los datos, respondiendo de la verdad y retribuyéndole bien. Esta conducta,—continuaba el conde,—le hundiria para siempre; pero tan certero golpe colocaria de su parte á sus hijos, y tal vez á la orgullosa marquesa del Rádio. En la situacion en que hoy se halla el general, el cariño de sus hijos seria para él un gran consuelo, y esto me mortificaria bastante.

—Comprendo,—le contestaba sonriéndose Lorenzo;—lo que el señor conde quiere no es el escándalo, sino hacer sufrir al general todos los dolores, todas las amarguras que proporcionan á una conciencia sobresaltada las luchas secretas de la familia.

—Efectivamente, Lorenzo, eso es lo que yo deseo.

—Pues no creo que sea muy difícil conseguirlo.

—Sin embargo, hace algunos dias que pienso en ello, y no encuentro el medio.

—Si pudiera el señor conde ganarse de nuevo el cariño y la confianza del señorito Daniel...

—Eso no es tan fácil, porque Daniel desconfía de mí, á pesar de lo perfectamente que supe disculpar mi conducta.

—Nada se pierde con intentarlo.

El conde meditó mucho durante aquella noche sobre lo que le habia dicho su consejero Lorenzo.

Adquiriendo de nuevo la confianza de Daniel, lo-

grando que este abandonara á su padre, la inquietud, el malestar del general aumentarían.

Era preciso ver á Daniel, llevar á su ánimo la persuasión de que su padre nunca lo amaría como á un hijo, y que si alguna vez le daba pruebas de cariño, estas no eran sino fingidas, juzgando el abandono que á él y á su madre los había tenido durante veinte años.

Conseguir esto no dejaba el conde de conocer que era bastante difícil, ó por lo ménos se necesitaba esperar una ocasión oportuna para abordar tan delicada cuestión.

Esta ocasión se presentó, precisamente cuando el conde ménos la esperaba.

Presentóse Santiago, el ayuda de cámara del general, á proponerle un desafío á muerte de parte de su amo, y el conde necesitó de toda su prudencia y toda su fuerza de voluntad para disimular la alegría que aquel reto intempestivo le causaba.

Fingió gran sorpresa y mucha humildad delante de Santiago, rechazando la provocación del general, y cuando se quedó solo, cuando libre de la presencia de Santiago vió asomar por la puerta de escape de su alcoba la maliciosa cabeza de Lorenzo, le dijo:

—Estoy de enhorabuena, Lorenzo; el general acaba de proponerme un duelo á muerte.

—¡Diantre!—repuso Lorenzo un tanto sobresaltado,—¿y á eso llama usted estar de enhorabuena?

—¿Quién lo duda, puesto que ese desafío que me propone el general, y que yo no acepto porque ha pasado para mí el tiempo de las calaveradas, me da motivo

para escribirle una carta á Daniel en estilo lacrimoso pidiéndole que venga á verme?

—¡Ah! vamos... ya comprendo.

—Daniel vendrá, no lo dude usted, porque esta nueva quijotada de su padre le demostrará, por lo ménos, que es un hombre incorregible, y que todas sus lágrimas y suspiros son más bien refinada hipocresía para engañarle, que verdadero arrepentimiento; y una vez que esté aquí y me oiga, creo que no me será muy difícil persuadirle que debe abandonar para siempre la compañía de ese mónstruo, que si consiente en llamarle hijo, es porque se halla enfermo y no puede hacer de las suyas.

—Confieso, señor conde, —añadió Lorenzo, inclinándose respetuosamente,—que es usted un hombre de clara inteligencia y grandes recursos.

—¡Bah! dejemos los elogios para otra ocasión, y procure usted disfrazarse un poco para que no le conozcan en el palacio de Diodeti, adonde iré usted á llevar una carta mia á Daniel.

Nuestros lectores ya conocen la carta del conde, y cómo se disfrazó Lorenzo.

El reloj acababa de dar las doce campanadas de la media noche.

El conde se paseaba distraído por su habitacion del piso bajo, y de vez en cuando se detenía para escuchar con el interés del que espera con impaciencia.

Lorenzo, inmóvil y silencioso, apoyado en el hueco de la ventana, que se hallaba abierta, seguía con indiferente mirada los paseos que daba su amo.

El silencio era profundo.

La luna iluminaba á intervalos la inmensidad del lago y las cimas de las montañas, ocultándose de vez en cuando detrás de las nubes que salpicaban el cielo.

—Las doce,—dijo el conde deteniéndose y dirigiendo una mirada á Lorenzo.

—Me dijo que vendria despues de las doce.

—Tal vez habrá cambiado de parecer, y no venga.

—Ó tal vez espere que se retiren todos en el palacio para venir sin que nadie lo sepa.

—Tambien puede ser eso.

Y el conde continuó su paseo, y volvió á establecerse el silencio entre los dos interlocutores.

Trascurrieron quince minutos. El reloj marcó las doce y cuarto, y el conde, asomándose á la ventana, dirigió una mirada investigadora por el lago.

No se veia por aquellas inmediaciones ninguna barquilla.

—Tal vez vendrá por tierra,—dijo Lorenzo.

—Sin embargo, el camino es más corto por el lago,—contestó el conde.

—Supongo que no vendrá á pié, y si lleva un buen caballo, puede llegar en tres cuartos de hora.

—Si es preciso esperar, puesto que él te dijo que vendria despues de las doce, debia haberte precisado una hora.

—Me dijo que no le era fácil.

El conde hizo un movimiento con los hombros, y volvió á pasear, diciendo:

—Todo se reduce á pasar una noche más en vela; ¡he pasado tantas!...

El tiempo iba trascurriendo.

El reloj marcó las doce y media; luego la una ménos cuarto.

El conde comenzaba á sentir la impaciencia del que espera.

Sentóse junto á la mesa, cogió un libro, y se puso á leer.

Trascurrió media hora más.

—Indudablemente no viene esta noche,—dijo.

—Pues yo, señor, no pierdo las esperanzas, porque en el supuesto que habrá salido del palacio de Diodeti despues de las doce, debe correr mucho para llegar á la una y cuarto.

El conde nada dijo, y continuó leyendo; por fin, á las dos ménos cuarto se oyó el lejano galope de un caballo.

—¿Oye usted?—dijo Lorenzo.

—Sí,—contestó el conde, levantándose y aplicando el oido hácia el hueco de la ventana;—creo que es un caballo que galopa.

—Y se acerca hácia aquí.

—¿Será él?

—Es probable.

—Vaya usted á enterarse, y si efectivamente es Daniel, condúzcale aquí al instante.

—¿Y si fuera el general?

Esta pregunta causó una viva sorpresa en el conde, que repitió:

—¡El general!

—No lo creo, señor; pero es preciso precaverlo todo. Hombre resuelto y valiente, el general, al oír la negativa de su amenaza, podía...

—Es verdad,—contestó el conde.—Si es el general, le prohíbe usted la entrada.

—¿Y si se empeña en entrar?

—Entonces le descerraja usted un tiro á boca de jarro, porque nadie tiene derecho en Suiza de allanar la morada de un ciudadano, que al amparo de las leyes republicanas vive pacíficamente en las orillas del lago Lemán.

—Está bien,—contestó Lorenzo;—cumpliré las órdenes, y el general juro á usted que no entrará.

Lorenzo salió.

El galope del caballo se oía más claro, más cerca, como á unos doscientos pasos.

Ya no podía tardar, fuere quien fuere.

El conde se sentó en el sillón que se hallaba junto á la mesa, no sin tener antes la precaucion de cerrar la ventana.

CAPÍTULO VIII

Donde Daniel se despide del conde

Trascurrieron algunos minutos.

El conde, con el oído atento, continuaba escuchando el galope del caballo, que cada vez se oía más cerca, hasta que por fin se detuvo junto á la puerta de su casa.

Luego se escucharon pasos en la antesala.

El conde, como una medida de prevencion, entreabrió uno de los cajones de la mesa, en donde tenia un revolver; pero en aquel momento se presentó Daniel en la puerta de la habitacion.

El viejo aristócrata exhaló una exclamacion de gozo, y corrió al encuentro de su ahijado con los brazos abiertos.

Daniel recibió aquel entusiasmo con bastante frialdad; pero el conde, ó no se apercibió, ó no quiso apercirse de ello.

—No puedes pensarte con cuánta impaciencia te

he esperado; bien es verdad, que yo no puedo olvidar que por espacio de algunos meses me he estado haciendo la ilusion de que eras mi hijo. La soledad me aburre, me cansa. Ven, siéntate á mi lado y hablemos... Pero ¿qué tienes? De tu rostro ha desaparecido la encantadora alegría de la juventud. ¿Tal vez la carta que te he escrito es causa de esa gravedad que observo en tu semblante?

Y como Daniel guardase silencio, el conde repuso con una entonacion afectada:

—¡Ah! bien sabe Dios que me ha costado alguna violencia escribírtela; pero ha sido preciso, porque yo tengo un deber sagrado que cumplir, y ese deber consiste en velar por tu vida, por tu felicidad, acatando los deseos de tu buena y santa madre, que á mí te recomendó en la hora de su muerte.

—Agradezco á usted, señor conde,—dijo con pausado acento Daniel,—el interés que se toma por mi persona. No tengo para qué ocultarle que la lectura de su carta me ha impresionado vivamente; por ella he visto con dolor que, como usted me dice, mi padre es incorregible, y vengo á esta casa, no solamente satisfaciendo los deseos de usted, sino los míos, porque quiero revelarles la resolucion que he tomado.

—¿Y qué resolucion es esa, hijo mio?—preguntó el conde con fingida candidez.

—Separarme para siempre del general Lostan.

Estas palabras causaron una inmensa alegría al conde.

—¡Separarte del general!—exclamó.—¡Bendito sea

Dios, que tocándote en el corazón, te ha hecho concebir ese pensamiento!

Y el conde, apoderándose de una de las manos de Daniel, que estrechó cariñosamente contra su pecho, y mirándole con vivo interés, añadió en voz baja:

—Tú no puedes pensarte, hijo mío, los sobresaltos, las inquietudes que experimento desde el día en que, abandonando esta casa, fuiste á instalarte en la del general Lostan. Estos recelos, estos sobresaltos, han aumentado de una manera grande desde esta mañana, cuando el insolente ayuda de cámara de ese hombre vino á proponerme un desafío de parte de su amo. ¿Dónde está el arrepentimiento del general? ¿Dónde el deseo de reconciliación para que la paz y la calma renazcan entre la familia, y ocupe cada uno el puesto que le corresponde? ¡Ah! creeme, Daniel: el general es incorregible. Apenas restablecido de su enfermedad, cuando comienza á sentir algún vigor en su cuerpo, su corazón perverso se rebela y la idea del mal se apodera de su mente, y en vez de venir aquí, á esta casa, con la humildad del delincuente á darme las gracias por mi silencio, por mi noble conducta para con él, comienza por proponerme un duelo á muerte, olvidándose de mis canas, de la debilidad de mi brazo.

El conde se detuvo para tomar aliento. Daniel continuaba encerrado en su mutismo.

—¿Qué nos dice esta conducta?—añadió el conde.—Que en vez del arrepentimiento, es el ódio implacable el que agita su alma; que su deseo constante, apenas vuelto á la vida, se reduce á exterminar á todos aque-

llos, que llenos de nobleza y abnegacion, si no por él, por la infortunada Angela, han guardado su secreto en el fondo de su alma. Hoy amenaza mi vida con un desafío; mañana, cuando se vea libre del conde de la Fe, le estorbará el doctor Samuel, y luego, quién sabe si arrostrando por todo fijará sus ojos en tí, en su hijo, en el gran obstáculo que él necesita romper para que cesen sus temores y no peligre su soberbio orgullo.

Daniel exhaló un gemido. Aquellas palabras, pronunciadas con una entonacion dulce, tímida, penetraban en su pecho como la acerada punta de una espada.

El conde, comprendiendo que no debia desaprovechar las predisposiciones en que se encontraba Daniel, continuó de este modo:

—Créelo, hijo mio: grandes, terribles peligros nos amenazan; es preciso, pues, vivir prevenidos; es preciso evitar los golpes que la traicion nos prepara para anonadarnos. El hombre es hijo de sus acciones; recuerda el pasado, piensa en la inconcebible soledad en que vivió tu madre, en el abandono en que la dejó tu padre; no olvides que miserables emisarios del general Lostan penetraron una noche en la pacífica morada del doctor Samuel, para arrancarle la vida con el manuscrito de Angela, que era el único documento para acreditar tus derechos. No olvides tampoco, que más tarde, nuevas emboscadas, nuevos peligros, amenazaron la vida del generoso doctor, mientras que tú eras arrojado con una crueldad inaudita de la casa de tu padre.

Daniel estaba pálido, trémulo. Todos los recuerdos que evocaba el conde, eran terriblemente verdaderos.

Ni uno sólo se podía rechazar por exagerado, por injusto, y sin embargo, le hacia mucho daño oírlos.

—Por otra parte,—repuso el anciano,—no es tu único peligro el general Lostan; tienes otro enemigo tan irreconciliable, tan rencoroso, tan terrible como él: la marquesa del Rádio. El orgullo indomable de esa mujer no puede transigir nunca con el hijo de Angela, que le roba todos sus derechos, que la coloca en la vergonzosa situacion de la querida del general Lostan, y que hace de su hija una bastarda.

—No olvido nada, no desconozco nada,—contestó Daniel con una voz trémula, que demostraba lo agitado de su espíritu.—Dios sin duda ha querido colocar entre la marquesa del Rádio, el general Lostan y mi persona, un ángel de bondad para salvarlos: Clotilde. Por ella me siento con fuerza para llevar á cabo toda clase de sacrificios; por ella no he arrancado la careta y he hecho pedazos la honra del verdugo de mi madre. No son los peligros que puedan amenazarme los que me detienen, no; es la mirada suplicante de mi hermana, que penetrando en mi alma, me presta fuerzas para llevar á cabo todo género de sacrificios. Por eso he comprendido que yo no puedo permanecer por más tiempo bajo el mismo techo que el general Lostan y la marquesa del Rádio; por eso he formado la invariable, la firme resolucion de abandonar su casa.

—Y esa resolucion, hijo mio, llena de júbilo mi pecho, porque yo supongo que volverás á vivir conmigo, permitiéndome que, como en otro tiempo, te dé el dulce nombre de hijo.

—¡Quién sabe! tal vez con el tiempo aceptaré tan generoso ofrecimiento; pero hoy no puedo.

—¡Cómo!—exclamó con asombro el conde;—¿piensas abandonar la casa del general Lostan, y no aceptas la mía? ¿Dónde, pues, vas á ir?

—He resuelto vivir por algun tiempo retirado en la modesta casa donde murió mi madre. Necesito de la soledad y del retraimiento.

—Pero tú eres pobre, y además, sienta muy mal el pacífico retiro de un pueblo á un jóven de tu edad. Desiste de tu empeño, hijo mio, y partamos, si te place, mañana mismo á Madrid. ¿Para qué quiero yo mi fortuna sino para que tú disfrutes de ella?

—Gracias, señor conde; yo no podia nunca olvidar lo que á usted debo; pero el estado de mi espíritu se encuentra de un modo tal, que me seria insufrible el bullicio de Madrid. Necesito, pues, el retraimiento, la soledad, derramar algunas lágrimas sobre la solitaria tumba de mi madre, y pedirle fuerzas para llevar á cabo mi sacrificio. ¡Quién sabe! tal vez con el tiempo cambien mi pensamientos, y entonces, aceptando las ofertas que usted me hace, volveré, como en otro tiempo, á llamar á la puerta de mi bienhechor, para pedirle su hospitalidad y su proteccion.

El conde comprendió que no era aquel el momento oportuno para persuadirle á que desistiera de su empeño. Lo importante para él se reducía á que Daniel se separara de su padre, porque esta separacion establecía una tirantez, que debía causar muchos recelos al general Lostan.

Al mismo tiempo, el conde pensaba que, viviendo Daniel en Horche, no le sería difícil visitarle con frecuencia, esperando con el tiempo convencerle de que abandonara su retiro y fuera á establecerse con él en Madrid.

—Puesto que tan firme es tu resolución,—añadió el conde, exhalando un suspiro, como para demostrar el sentimiento que le causaba vivir separado de él,—no seré yo el que me oponga á tus deseos. Conozco que has sufrido mucho y que necesitas una temporada de reposo. La quietud religiosa de los campos te será provechosa. Yo sólo, hijo mio, voy á pedirte un favor; que me escribas con frecuencia, y que me permitas que de vez en cuando vaya á visitarte.

—De usted, señor conde, depende que yo siga amándole como á un padre y de que continúen nuestras relaciones en la armonía que deseo.

—¿De mí? ¿Y qué debo hacer para conseguirlo?

—Guardar el más profundo silencio sobre la historia de mi infortunada madre.

—Le dí á ella mi palabra y la he cumplido; pero no olvides que las imprudencias del general Lostan podrían hacerme romper mi juramento.

—El general Lostan no volverá nunca á provocar al conde de la Fe.

—¿Y quién podrá sujetar la soberbia de ese hombre?

—Yo, señor conde.

—¡Tú!

—Algo vale el sacrificio que voy á hacer por él.

—Creo que confías demasiado, olvidándote del in-

domable carácter del general. Pero, en fin, ya que así lo deseas, así será. Ahora voy á pedirte yo á mi vez un favor: que aceptes durante tu permanencia en el pueblo una pension mensual, para que puedas vivir con algun desahogo.

—Gracias, señor conde. Estoy acostumbrado á vivir en la modestia, y la pequeña propiedad que me dejó mi madre me da lo suficiente para vivir, aunque con pobreza.

—Daniel, ¿es el orgullo, ó la modestia la que te obliga á rechazar mi ofrecimiento?

—Lo rechazo, señor conde, porque lo creo innecesario. Recuerde usted que no hace mucho tiempo vivia en casa del conde de la Fe como su hijo, y que si entonces acepté su proteccion, no la rechazaré hoy por orgullo, sino por innecesaria.

—Está bien. ¿Cuándo piensas partir?

—Tal vez mañana.

—Si pudieras indicarme un dia fijo, yo partiria contigo.

—Yo ruego á usted, señor conde, que me deje partir solo.

—¿Tienes dinero para el viaje?

—Poseo aún lo necesario para llegar á España. Es un resto de mi pasada opulencia. Ahora, vamos á separarnos.

—¿No volveremos á vernos más?

—En España, señor conde; en Horche.

—Dame, pues, un abrazo, y que Dios te preste la fuerza necesaria para llevar á cabo tu pensamiento.

LAS FÁBULAS DE ESOPHO

Y BASTO ALMO EN SU LIBRERIA

EN LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

EN LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

EN LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

EL AMOR DE LOS PADRES

Y BASTO ALMO EN SU LIBRERIA

CATALOGO DE LIBROS

EN LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE ESTEREO PLATA

LA CALCALADA

Y BASTO ALMO EN SU LIBRERIA

EN LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

EN LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

EN LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPHO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS
DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS.

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.